Kars. Y aquellas gentes, viejo mío, eran muy distintas de nosotros, los soldados. Nosotros nos batimos, tenemos un fusil, balas, bayoneta, y ellos se pasean desarmados bajo las balas y como si estuvieran en un lindo jardín. Tan pronto es uno de los nuestros como un turco; y se le coge y se le conduce á la ambulancia. Y en torno de ellos: ¡zis, zas! A veces ocurre que un pobre ambulante recibe una bala en la nuca, ¡chik! y todo concluyó.

Después de estas palabras y de un regular trago

de aguardiente, Orlof se reanimó.

—Si te dejaste enganchar, no digas que no eres fuerte,—decíase á si mismo.

Y trabajaba, escuchando atentamente lo que ocurría á su alrededor, y hallaba que todo aquello no era tan disgustable y espantoso como al principio le pareciera, que allí no había caos, sino la obra de una gran fuerza razonable.

Luego, al acordarse del sargento, no dejó de estremecerse.

Creia que estaba muerto, pero aun lo ponía en duda.

¿Y si de repente comenzaba á gritar?

Y le pareció recordar que alguien habíale contado que cierto día, los fallecidos del cólera se precipitaron fuera de sus ataúdes y huyeron por todas partes, Mientras trabajaba, Orlof sentia como el zumbido de una mosca en la cabeza.

Pensaba en su mujer.

¿Cómo está allí?

En ocasiones sentía un deseo fugitivo de escaparse é ir à ver à Matrena.

Pero al momento se notaba como avergonzado de aquel deseo, y exclamaba para sí:

—¡Muévete un poco y come, fierecilla! ¡Con ello enflaquecerás!... Y perderás tus intenciones...

Siempre sospechaba que su mujer abrigaba en el fondo del alma ciertas intenciones ultrajantes para él, como marido, y á veces, elevándose en sus sospechas hasta cierta objetividad, llegaba á convenir en que las intenciones de su esposa tenían razón de ser

—La vida de ella es también mala, y con semejante existencia las ideas más perversas pueden apoderarse del cerebro.

Aquel modo de ver duraba cierto tiempo.

Luego se preguntaba:

-¿Y qué necesidad había de salir de aquel sotabanco para meterse en esta marmita bullidora?

Pero todas aquellas ideas se agitaban en un rincón oculto de su sér, estaban como separadas de toda influencia en su trabajo por la atención excesiva que prestaba á las acciones del personal médico. Nunca había visto hombres tan esclavos de su trabajo, y más de una vez pensó, mirando los fatigados rostros de médicos y estudiantes, que todos aquellos hombres no eran pagados con dinero.

Habiendo concluído su servicio, Orlof salió hacia el patio de la barraca, recostándose un momento en la pared, bajo la ventana de la farmacia.

Zumbaba su cabeza, atormentábale el estómago, las piernas le dolían con el dolor sordo y enervante de las grandes fatigas.

No pensaba en nada ni deseaba nada; tendióse sobre el césped, clavó su mirada en el cielo, donde nadaban suntuosas nubes, magnificamente adornadas por los rayos del sol ya medio oculto, y se durmió con sueño de muerte.

Soñó que estaba de visita, con su mujer, en casa del doctor Vastcheuko, en una habitación rodeada de sillas, sobre las que estaban sentados todos los enfermos de la barraca.

The same of the sa

El doctor, acompañado de Matrena, ejecutaba la danza rusa en medio de la sala, él tocaba el acordeón, riendo porque las largas piernas del médico no podían doblarse, mientras el doctor, grave y sereno, imitaba á su mujer.

Y todos los enfermos se animaban, balanceándose en las sillas.

De pronto se presenta aquel guardia de quien dijimos se movió en el ataúd,

—¡Hola!—grita con voz sombría y amenazadora.
—¡Tú, Grichka, me creías muerto! ¡Estás ahí tocando el acordeón, después de haberme dejado en la sala de los difuntos! Pues bien, ven conmigo ahora. ¡Levántate!

Presa de temblor, sudando copiosamente, Orlof se incorpora y siéntase en el suelo.

Frente à él està el doctor Vastchenko, quien le dice:

—¡Cómo, amigo mío! ¿Qué empleado sanitario eres tú, si duermes en el suelo, echado sobre él de vientre? En la barraca hallarás un sitio para dormir. Mas ¿qué es eso? ¡Sudas y estás tiritando! Ven, te daré un medicamento...

-Es la fatiga, -respondió Orlof tartamudeando,

—Tanto peor. Es preciso cuidarse, el momento es peligroso, y tú eres un empleado necesario.

Grichka siguió al doctor, bebió silenciosamente dos medicinas, cuyo mal sabor le hizo escupir.

-Ahora puedes dormir, -díjole el doctor.

Orlof le miró alejarse, y sonriendo súbitamente, echó à correr detrás de él para decirle:

-Muchas gracias, doctor.

-¿Por qué?

El otro se detuvo.

-Por la molestia. En lo sucesivo haré cuanto pueda para agradaros. Porque vuestra atención me gusta... y... porque soy un hombre necesario... ¡y en general, porque os estoy agradecidísimo!

El médico miraba atentamente y con sorpresa el rostro del empleado, transformadisimo por la ale-

gría, y sonrió.

SUPPLIES THE STATE OF THE STATE

—¡Qué original eres! Y, sin embargo, todo eso es sincero, sale de tí. Vé, pórtate bien, mas no lo hagas por mí, sino por los enfermos. Debemos disputar el hombre á la enfermedad, sacarle de entre sus garras. ¿Comprendes? Tratemos, pues, de hacer cuanto podamos para vencer á la enfermedad. En tanto vé á dormir, anda.

Orlof estuvo pronto sobre su cama, durmiendo con agradable sensación de calor en el vientre. Sentíase alegrísimo y orgulloso de su sencilla conversación con el doctor.

Y se durmió con el sentimiento de que su mujer no oyera aquella conversación.

«Necesario será que se la cuente toda mañana... Aunque posible es que no me crea, la hechicera».

-- Grichka, ven á tomar el té,—díjole Matrena, despertándole por la mañana.

El alzó la cabeza y la miró. Ella sonreía. Cuidadosamente peinada y con su larga blusa blanca, estaba tan limpia, tan fresca...

Erale agradable verla de aquel modo, pero á la vez pensó que otros hombres de las barracas la veían.

-¿De qué te hablas ahí? Yo ya tengo el mío... ¿A dónde quieres que vaya?—respondió en tono gruñón.

-Ven à tomarle conmigo, -propuso ella.

Y le miraba de modo acariciador.

Grigory apartó los ojos de ella y respondió sencillamente que la seguiría.

Ella se marchó; él se volvió á echar sobre la cama, y meditó.

-¡He aquí como es! ¡Invita à tomar el té de modo tan cariñoso!... Y, sin embargo, adelgaza.

La compadeció y tuvo deseos de agradarla.

—¿Si comprara algunos dulces para el té? Pero al lavarse había rechazado ya aquella idea.

-¿Con qué objeto mimar á una mujer? ¡Bien vive sin eso!

Se tomó el té en un pequeño aposento bien alumbrado por dos ventanas. La mesa se hallaba entre ellas, y tres personas se sentaron ante el samovar: el matrimonio y una compañera, mujer de cierta edad, de rostro pecoso y ojos negros. Se llamaba Felitzata Jegorovna, era señorita, hija de un funcionario; no podía tomar el té hecho con agua de la gran marmita del hospital, y preparaba siempre su samovar.

Habiendo declarado todo esto al zapatero, le ofreció un asiento cerca de la ventana, donde se respiraba el aire puro, y desapareció. $-_{\delta}$ Te fatigaste ayer? — preguntó Orlof á su esposa.

—¡Terriblementel—respondió con viveza Matrena.

-¿Y tienes miedo?

-¿De qué? ¿De los enfermos?

-No, no de los enfermos.

—De los muertos tengo miedo. ¿Sabes,—agregó inclinándose hacia él y cuchicheándole con espanto, —sabes que todos se mueven después de muertos?... ¡Te lo juro!

—Lo he visto,—sonrió Grigory con aire escéptico.
—Poco faltó para que Nazarof, el guardia, me abofeteara estando en el ataúd. Le conducíamos á la sala de los muertos, y he aquí que se levanta el brazo como para pegar... Apenas tuve tiempo para escaparme.

Amplificaba algo, mas aquello había venido solo,

à su pesar.

Es que aquella manera de tomar el té le agradaba. Y le agradaba otra cosa más; no hubiera podido
declarar à su mujer sus pensamientos. Lo cierto es
que deseaba hacerse admirar, que su deseo era ser
el héroe del día que empezaba.

—¡Trabajaré de tal modo que todos me admirarán! Tengo una razón para esto. En primer lugar, porque personas como estas quedan en la tierra.

Refirió su conversación con el doctor, y como de nuevo dió gusto á su lengua, todavía se sintió animado. Ella le sonreía con aire soñador; estaba hermoso, se parecía mucho á aquel Grichka de antes del matrimonio.

-¿Y tú? ¿estás contenta?

—¿Yo? ¡Dios mío! Juzga. Si yo recibo doce rublos y tú veinte, en junto son treinta y dos rublos mensuales. ¡Y mantenidos y demás! Así es que si el mundo estuviera enfermo hasta el invierno, ¿cuánto habríamos ahorrado?... Con ayuda de Dios, podíamos escapar del sotabanco.

—¡Ah, sí! que esa es una cuestión importantísima,—dijo Orlof pensativo.

Y después de una corta pausa exclamó entusiasmado y dando un golpe en el hombro á su mujer:

-¿No había de sonreirnos nunca el sol? ¡No pierdas la esperanza, y adelante!

Ella estaba inflamada.

-¡Con tal que tú resistas!...

-¡Silencio respecto á eso!

-¡Dios mío, si eso pudiera ser!—suspiró profundamente la mujer.

-|Silencio!

-¡Grichenkal

Se separaron con nuevos sentimientos uno para el otro, llenos de esperanza, prontos á trabajar hasta perder completamente las fuerzas, valientes y alegres.

DEGENERADOS-5

Tres ó cuatro días transcurrieron, y Orlof había ya recibido muchas notas halagüeñas como muchacho despabilado y de buen juicio, notándose al propio tiempo que los demás empleados le envidiaban. El experimenteba cierta amargura viendo que sus compañeros deseaban causarle algún perjuicio. Y á pesar suyo pensaba en su mujer.

—Con ella puedo hablar de todo, no envidiará mis triunfos ni quemará, como ellos, mis botas con ácido fénico.

Estimulado por su ambición, por su deseo de ejecutar proezas generosas, Orlof llevaba á cabo peligrosos actos de fuerza; él solo, por ejemplo, conducía de su cama al baño á los más corpulentos enfermos: cuidaba á los más sucios, trataba con audacia provocadora á la posibilidad de contagio, y á los muertos con una sencillez que se acercaba al cinismo. Mas aquello no le bastaba; deseaba algo más grandioso; y el deseo cada vez se inflamaba más en él, atormentándole, impeliéndole á la angustia. Entonces se reanimaba hablando con su mujer, pues nadie más tenía para hacerlo.

ANT WITH THE WASTIFF

Una tarde, relevados en el servicio, y habiendo tomado el té, Orlof y su mujer salieron á pasearse por el campo. Las barracas estaban construídas lejos de la ciudad, en una llanura verde, limitada en un extremo por la línea sombría de un bosque, y en el otro por los primeros edificios de la ciudad.

Era à la caida de la tarde, el tiempo estaba bueno, silencioso y melancólico.

Los Orlof caminaban silenciosos sobre las hierbas, aspirando con placer el aire puro, en vez de los olores de la barraca.

Grichka iba pensativo; su mujer, à quien gustaba poco verle de aquel modo, le distrajo para decirle algo de música.

—¿Música?—preguntó Orlof como saliendo de una pesadilla.—¡Para música la que yo tengo en el corazón!

—¿Qué hablas?—interrogóle ella, después de examinar sus ojos entornados.

—No sé .. no puedo contarte esto... Si pudieras... ¿Crees tú que podrías llegar à comprenderlo? Arde mi alma... ¡Quisiera espacio... para que todo mi vigor pudiera desarrollarse! ¡Oh, siento en mí una fuerza indomable! ¡Si el cólera tomase la figura de un hombre, de un héroe, à él me agarraría! «¡Ven à luchar à muerte! Tú eres una fuerza, y yo, Grichka Orlof, soy otra. ¡Veamos quién vence à quién!» Y le extrangularía y caería yo también. Pero sobre mi cuerpo se vería pronto una cruz con una inscripción: «Grigory Andreef Orlof... libró à Rusia del cólera.» No haría falta más.

Al hablar ardía su rostro, brillaban sus pupilas.

—¡Oh, valiente mío!—dijo ella con voz acariciadora, recostándose contra él.

—¿Comprendes? Me arrojaría sobre cien cuchillos... pero cuando supiera que mi acción sería muy útil, que resultaría para la humanidad un bien.

Quisiera ser algo así como el doctor Vastchenko ó como el estudiante Khokriakof, quienes trabajan que es una maravilla... Tiempo hace que debian estar muertos de... fatiga. ¿Piensas que por dinero? ¡No se trabaja así por dinero! El doctor, á Dios gracias, posee algo... Y cuanda el viejo cayó enfermo el otro día, Vastchenko lo relevó durante cuatro. No es el dinero, sino la piedad. Tienen piedad de los hombres... pero no de sí mismos. ¿Por qué? Pregúntaselo. Y se apiadan de todo el mundo... ¡hasta de Michka Ussofl... Este debía estar en los trabajos forzados, pues todo el mundo sabe que es un ladrón, quizá cosa peor... Y se cuida á Michka... Están satisfechos cuando se levanta bien, al verle bueno... Y yo no puedo experimentar su misma alegría, para mi es un dolor verle reir, y languidezco y ardo y me consumo, porque quisiera reir como ellos... y no sé como arreglármelas. ¡Por vidal... ¡Diablo!...

THE CALL WATER

El zapatero hizo un gesto desesperado, tornándose nuevamente pensativo.

La mujer guardaba silencio, pero su corazón latía con inquietud. Aquella excitación de su marido le asustaba, y en sus palabras veía claramente la gran pasión de su deseo, incomprensible para ella, porque no trataba de explicársela. Necesitaba á su marido, le quería como esposo, no como héroe.

Le sentaron y permanecieron silenciosos.

De repente, rodeando su cuello con ambos bray apoyando la cabeza sobre el pecho de Grigory, Matrena murmuró:

—¡Grichenka, querido mío, amado mío! ¡qué bueno te has vuelto para mí. ¡Cómo si por segunda vez
hubiéramos contraído matrimonio, como si nos halláramos en el siguiente día de la boda... estamos
juntos... no me dices una palabra que me ofenda,
hablas conmigo, me abres tu alma, no me pegasl...

—¿Acaso te falta eso? Si quieres te lo daré,—dijo Grigory, bromeando con voz acariciadora, pues en su alma sentía un flujo de piedad y de ternura por su muier.

Dulcemente le pasó una mano por la cabeza. Matrena, semejante á un verdadero niño, trepó sobre sus rodillas y se estrechó contra su pecho.

-¡Amado mío!-murmuró.

El suspiró hondamente, y frases del todo nuevas para él y para su mujer vinieron por sí mismas á á su lengua.

—¡Pobre gatita mía!... Ya ves, de un modo ó de otro, no haya migo más bueno que el marido. Si á veces te hago sufrir crééme Matrena, culpa es de la angustia. Estábamos en un agujero... De día no veíamos, casi no conocíamos á nadie. Salimos del aguje-

ro, abriéronse mis ojos, estaba como quien dice ciego para formar juicio de la vida... Y ahora comprendo que la mujer, de un modo ó de otro, es el mejor amigo en la existencia. Porque las gentes son viboras y crápula, expresándose con verdad. ¡Siempre pensando en hacer una suciedad al prójimo!... Pronin y Vassukof, por ejemplo... Mas ¡qué se vayan á!.. Matrena, lograremos ser buenos, viviremos de modo razonable... Pero ¿qué tienes, bestia mia?

Ella lloraba lágrimas de dicha, y él le respondía con tiernos besos.

—¡Querida mía!—murmuraba, abrazándola también.

Ambos enjugaban las mutuas lágrimas con besos. Orlof habló mucho tiempo en aquel lenguaje nuevo para él.

La noche había cerrado. El cielo, espléndidamente iluminado por innumerables estrellas, contemplaba á la tierra con tristeza solemne, y en la llanura todo estaba tranquilo como en el cielo.

Lo de tomar el té juntos hízose una costumbre. Al siguiente día de su conversación en el campo, Orlof se presentó en el aposento de su mujer confuso y algo sombrio. Felitzata estaba fatigada. Matrena se hallaba sola en la habitación, y recibió à su marido con rostro radiante; pero se transformó súbitamente y le preguntó con ansiedad:

-¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

-No es nada, -respondió él secamente.

Y se sentó sobre una silla, disponiéndose á tomar el té, ya echado en las tazas.

-¿Por qué ese gesto, entonces?

—No he podido dormir. Siempre pensando...

Ayer nos deslizamos... nos ablandamos, y en la actualidad estoy avergonzado de mi mismo... Para nada sirve aquello. En tales ocasiones, las mujeres tratáis de apoderaros del hombre... Pero... no pienses en eso... que no lo conseguirás... Sabe que no cederé.—Dijo todo esto con aire de grandísima autoridad, pero sin mirar á su "mujer. Matrena, que mientras tanto no había cesado de mirarle, frunció extrañamente los labios.

—¿Te arrepientes de haberte aproximado ayer à mi?—le preguntó dulcemente.—¿Te arrepientes de haberme amado y acariciado? Mucho me hiere oirlo, porque es duro, tus palabras desgarran mi corazón. ¿Qué necesitas? ¿Es que te fastidias conmigo? ¿No te agrado?

Le miraba con desconfianza, y en su acento se notaba la amargura y la provocación.

—¡No!—dijo Grigory confundido.—Digo en gene-

ral... Juntos vivíamos en un agujero... Perfectamente sabes lo que era aquella existencia. El corazón me duele sólo al pensarlo. Nos levantamos, y he aquí que se teme algo. ¡Todo cambió tan prontol... Soy como un extraño para mí mismo, y tú me pareces otra, ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Y qué vendrá después?

—Lo que Dios quiera, Grichka,—dijo Matrena con seriedad.—Mas no te arrepientas de haber sido bueno ayer.

—Bien, deja...—le interrumpió Grigory, todo él también confuso y suspirando.—Me parece que nada alcanzaremos. Nuestra vida pasada no fué senda de flores, la de hoy no es cual la quisiera. Y aun cuando no beba, aun cuando no te pegue, aun cuando no jure...

Matrena se rió convulsivamente.

ANTITECH CONTRACTOR

—Ahora no tienes tiempo para ocuparte en todo eso.

—Siempre le habría hablado para embriagarme, —sonrió Grigory.—Esto no me dice nada... hé ahí lo admirable. Además, en general... no sé... comó si me avergonzara... ó temiese algo...

Meneó la cabeza y tornóse pensativo.

—Dios sabe lo que tienes,—dijo Matrena con penoso suspiro.—La vida es aquí buena, no obstante el mucho trabajo; todos los médicos te aman, tú te portas bien... Yo no comprendo nada, mas te veo inquieto.

—Eso es, inquieto... He aquí en qué pensaba esta noche: Pedro Ivanovitch dijo: «Todos los hombres son iguales». ¿Y yo? ¿No soy un hombre como los demás? Sin embargo, el doctor Vastchenko es algo mejor que otros muchos... Luego no son mis iguales... y yo noy como ellos, lo comprendo. Ellos curan á Michka Ussof, y lo celebran... yo no comprendo esto. Y, en general ¿por qué regocijarse cuando un hombre está curado? Su vida es peor que el cólera, diciendo la verdad. Lo saben, y se alegran... Y yo también hubiera querido estar alegre como ellos; pero no puedo... Porque... ¿de qué alegrarse?

—Ellos se apiadan de los hombres,—dijo Matrena.—¡Ya lo dices que tienen piedad! Entre nosotras también... cuando un enfermo mejora... lo que allí pasa! Y á la infeliz que al fin va á escapar, todos le dan consejos, medicinas, dinero... ¡Son unas piadosas y buenas gentes!

—Tú dices... que lloras al recordarlo; por mi parte sólo siéntome admirado... Nada más.

Y Orlof, se rascó la cabeza y miró a su esposa con extravio.

Ella encontró elocuencia no se sabe dónde, y se esforzó para probar á su marido que los hombres merecen plenamente aquella piedad. Inclinada sobre él, mirándole con ojos acariciadores, hablóle largo tiempo de los hombres y del fondo que es la existencia.

Contemplándolas, el zapatero pensaba:

-¡Ved como habla! ¿Donde encontró esas frases?

—Y tú también eres piadoso, pues que dices: «¡Hubiese extrangulado al cólera si me sintiera con fuerza para ellol» ¿Y para qué? ¿A quién perjudica la enfermedad? A los demás, no á tí; tú vida es mucho mejor desde que el cólera apareció.

Orlof quedó atontado.

STATE OF THE STATE

—¡Justamente! ¡Mi existencia es mucho mejor! Ved esto. Mueren las personas, y yo me encuentro más cómodo... ¡Vaya una vida!

Se levantó y marchó riendo á su servicio. Al atravesar el corredor lamentó que nadie, excepto él, hubiera oído las palabras de Matrena.

-¡Es que habló lindamente! ¡Una simple mujer, verdad, y sin embargo comprende algo!

Invadido por una sensación agradable, se internó en la sala sin oir las quejas y los gemidos de los enfermos.

De día en día se prolongaba el mundo de sus sentimientos, y hasta aumentaba su necesidad de hablar. Contar extensamente lo que en el pasaba no le era posible, porque la mayoría de sus sensaciones y de sus ideas le eran incomprensibles. En él aumentaba cierto sentimiento que le hacía daño, ¿Por qué no podía alegrarse como los demás?

Luego se encendía en él el deseo de llevar á cabo una acción que maravillase á todo el mundo. Sentia que su papel en la barraca le colocaba, por así decirlo, en una situación intermediaria; los médicos y los estudiantes estaban por encima de él, los otros empleados por bajo.—¿Qué era él, entonces?—Invadíale al preguntárselo una especie de soledad. Y le parecía que la suerte se burlaba de él, quitandole de un soplo de su sitio, llevándole en el aire como una pluma. Se compadecía é iba en busca de su mujer. A veces vacilaba antes de hacerlo, figurándose que aquello le rebajaba à sus propios ojos, pero iba. Acercábase á ella lúgubre y en una disposición de espíritu tan pronto escéptica como malévola; easi siempre se retiraba de ella tras una caricia, y ya tranquilo. Pensaba que Matrena tenía á su disposición palabras suyas; poco numerosas, sencillas, pero encerrando siempre mucho sentimiento; y con sorpresa notaba que su mujer ocupaba un lugar cada vez mayor en su vida, que pensaba con más frecuencia en ella, y que le hablaba con el corazón en la mano.

Ella lo comprendía y se esforzaba por extender su creciente influencia. La vida animada y todo trabajo del hospital multiplicó el sentimiento de su valor, sin que Matrena se percatara de ello. No